

ALEYDA QUEVEDO ROJAS,
La otra, la misma de Dios,
Quito, El Conejo, 2011, 150 pp.

Aleyda Quevedo Rojas es una poeta que asombra en cada nueva entrega, porque condensa en su esfuerzo la destreza de su oficio –sostenido a pulso por veinte años y más– con una naturalidad y autenticidad que sorprende en un medio literario como el ecuatoriano, acostumbrado a la máscara, la veleidad y el devaneo. Y es que Aleyda Quevedo es una poeta que hace mucho traspasó el estrecho círculo cultural de nuestro país: su nombre consta en algunas antologías de poesía latinoamericana y mundial. Así, sus búsquedas y trayectoria le han convertido en una poeta universal, en alguien que no se cohibe al enfrentar las diversas tradiciones de la lírica occidental, porque su formación y lecturas constantes le orientan a indagar en la experiencia del verbo, más allá de las apariencias.

De esta forma, Aleyda Quevedo Rojas explora y se sumerge en lo que algunos teóricos llaman la “esencia de la poesía”, la cual, si existe, se vislumbra desnuda en los pasajes más altos de la literatura universal. Aleyda no es una convidada de piedra en el banquete de los espíritus tocados por la magia ancestral de la palabra. Ella se mueve y desdobra en múltiples dimensiones y encanta al lector con la sonoridad de sus vocablos, la contextura de sus ritmos y el esplendor de sus imágenes, mimetizándose en las voces de otros y otras que emergen desde los distintos estadios del alma.

En el poemario *La Otra, la misma de Dios*, la voz lírica emprende un

viaje al mundo del erotismo en las formas visitadas por ella. Dividida en cuatro partes, un códice de variadas texturas se despliega en: “Del erotismo de los cuerpos”, “Del erotismo de los corazones”, “Del erotismo sagrado” y “Del erotismo de la contemplación”.

Cual puntos cardinales de la existencia, las agujas de la brújula apuntan a las dimensiones del erotismo y el mundo de los sentidos, que son recorridos por “la Otra, la misma”, aquella que ha trascendido la medianía para erguirse en una presencia indisoluble, cuya vital resonancia se sostiene en la integridad de su travesía por los territorios de la experiencia.

De principio a fin, la *Otra* es leal consigo misma, pues se entrega, sin aspavientos, tanto al goce carnal como al erotismo místico, al punto que dialoga con Dios sobre sus humanas perturbaciones: “Mirame, soy la misma de los excesos./ la otra que te mandaba mensajes desde el salitre”.

En “Del erotismo de los cuerpos”, el exceso se patentiza en el disfrute de los encuentros sexuales y las fantasías amorosas, con el recuerdo de ese *otro* al que se nombra de distintas maneras. El símbolo que articula este “tratado de erotismo” es el agua, elemento trasmutado en lago, mar y sobre todo, cuerpo: “boca, sexo, ojos, nariz, axilas”, como dice la prosa del texto “Tu recuerdo y yo”, lo que se liga a un filón romántico que se manifiesta en la somatización de los deseos y el predominio de imágenes telúricas: “Afortunadamente,/ lo dicen los caracoles:/ toda enfermedad limpia el sentimiento,/ toda fiebre adormece y consterna./ La fiebre, quemándome,/ ahora que te vas, me libera”.

La búsqueda de la identidad propia, a partir del reconocimiento del otro, soporta el armazón de *La Otra, la misma de Dios*. No obstante, distintas son las formas por las que se accede a esa preocupación ontológica: el viaje nostálgico a un cronotopo identificable –lago de Nicaragua, tiempo pretérito– donde la intensidad de la pasión erótica se consume al volverse ceniza y “lecho de sal”, episodio que precede la huida del amante. Finalmente, ella se ve cubierta de soledad y libra un “combate interior” abismada en la constatación de que, más allá de ese “jardín de fuego/ que se eterniza”, se redime en su encuentro definitivo con la “otra” y la “misma”.

“Del erotismo de los corazones”, la segunda parte del libro, es una honda y reposada disquisición lírica sobre la pérdida del amor. Asombra la manera como se ordenan las ideas desde la condición sugestiva del lenguaje: al tiempo que se lamenta su ausencia, se condena y reprueba al *otro* con hálito tierno: “me dices adiós./ Buen viento,/ que los dioses te sean propicios/ con tu aceptable/ e hiriente uso del idioma”. El erotismo radicaría aquí, en la visión de la dimensión apacible de los hechos y en el estado de reflexión que sucede a la falta.

En “Del erotismo sagrado”, se asiste a un diálogo con la sabiduría cristiana, por el llamado interior que hace la voz lírica para entender las derivas del amor terrenal. Ella sigue siendo la otra, la misma, aquella que se entregó a las fauces del deseo y volvió a Dios para decirle que es su hija, “la misma de los excesos/ la otra que te mandaba mensajes desde el salitre”. Finalmente, ella es oficiante

de un ritual pagano, de un erotismo sacro que celebra, en la misma tesitura de la pasión desbordada, a un Dios venerable al que se le confía su propia condición humana, hasta el límite en que el último poema se convierte en un hermoso elogio al orgasmo.

“Del erotismo de la contemplación” es una aproximación sensorial y cognitiva al mundo del cine desde la particular mirada de la autora. Una fascinante máxima de Ingmar Bergman nos revela como tráiler que “solo el cine toca directamente nuestros sentimientos hasta llegar a los oscuros recintos de nuestra alma”. Por esa razón, el acto de poseer una historia, una trama, una película, de hacerla suya, está marcada por una erótica de la mirada que se amplifica en la relación empática con los personajes, quienes conservan algo de la luminosa oscuridad: Eros y Tánatos atestiguan, en primera fila, fragmentos sensibles de una realidad alucinada.

La Otra, la misma de Dios es el testimonio de una etapa fructífera para su autora. En ese maremagno de emociones que es el libro que acabo de disfrutar, bebo de las imágenes que exploran los límites del decir más allá de la experiencia, con oficio, elocuencia y brillo. Sostengo que Aleyda Quevedo Rojas ha escrito, a no dudarlo, un texto radical e imprescindible en el contexto de la poesía Latinoamericana.

ÁNGEL EMILIO HIDALGO
GUAYAQUIL, 2011